

En recuerdo de Carlos Montemayor

E D I T H N E G R Í N

En febrero de 2010, con mucha tristeza empecé a escuchar noticias de la gravedad de Carlos Montemayor. Y luego, de su casi inmediato fallecimiento. Como una película, se construyó ante mis ojos la imagen del personaje público, al que no conocí personalmente, pero también la visión de su corpus narrativo, que al paso del tiempo adquiere cada vez más importancia y significación.

El personaje que mostraba al mundo Montemayor resultaba atractivo y paradójico; vestido con impecable elegancia británica, era al mismo tiempo un hombre capaz de internarse en lo más profundo de las peligrosas selvas de Guerrero o de las áridas sierras de Chihuahua, para entrevistar a los protagonistas de los movimientos subversivos contemporáneos más importantes. Era asimismo un investigador infatigable que logró acceder a diversos archivos ocultos, para conseguir la información que nutriría sus narraciones.

Confeso bebedor de té y aficionado cantante de ópera, trazaba en sus artículos periodísticos y en sus ensayos políticos una línea muy crítica frente a las injusticias del sistema. Venido al mundo en 1947, en Hidalgo del Parral, Chihuahua, Carlos Montemayor fue sin duda una de las voces más esclarecidas de nuestra generación, la del 68. Poeta, narrador, ensayista, traductor, articulista —en una palabra, polígrafo—, genera un corpus textual que, en continua experimentación, juega con la riqueza de los acercamientos a la realidad del intelecto, de la conciencia y de los sentimientos.

En un texto de 1983, afirma: “El hecho que marcó un antes y un después en la reciente historia de la cul-

tura mexicana, y la experiencia fundamental de los escritores nacidos en la década de los cuarenta, fue el movimiento estudiantil de 1968 y la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco”. Sin duda, ese año crucial se vincula a la progresiva radicalización del pensamiento de Montemayor, plasmada en su narrativa.

Su primer libro, *Las llaves de Urgell* (1970), ofrece relatos de varia extensión y diversa temática, enlazados por la prosa poética, lo cual no es extraño en un joven escritor que se pensaba sobre todo como poeta. Inspirado en lo que él nombra como “el infinito cuerpo de la sierra”, recrea las zonas mineras de la región, pobladas de murmullos y de presencias fantasmales, donde hay un eco de la voz de Juan Rulfo. En esta ópera prima, se perciben también resonancias de Jorge Luis Borges, en tanto algunas composiciones surgen de otros textos, de culturas lejanas en espacio y tiempo, y se hacen tangibles en esas tramas que imbrican la vigilia y el sueño, la realidad y la fantasía.

Por los textos de *Las llaves de Urgell*, intimistas y reflexivos, pulidos con delectación, Margo Glantz en su libro *Onda y escritura* (1971) ubica a Carlos Montemayor entre los preocupados por “la escritura”. Montemayor no dejó nunca de esmerilar amorosamente el lenguaje, pero cada vez se fue involucrando más con las inquietudes sociales. A inicios de los años ochenta salieron a la luz dos novelas cortas sobre mineros, *Mal*



de piedra (1981) y *Minas del retorno* (1982), donde la escritura de Montemayor entró de lleno en un registro realista.

En 1991 con la publicación de la novela *Guerra en el paraíso*, inspirada en la gesta guerrillera que protagonizaron en los sesenta campesinos del estado de Guerrero y su dirigente, el maestro Lucio Cabañas, el escritor abre su proyecto literario más importante, una historia de las luchas populares contemporáneas, plasmadas en forma narrativa. *Guerra en el paraíso* ha sido considerada por la crítica la mejor narración del autor; ésta y las siguientes obras entran en la categoría de *non-fiction novel* y exigieron una exhaustiva investigación histórica en las fuentes más diversas.

Dentro de este ambicioso proyecto, el escritor planeó una tetralogía novelística, en la cual la documentación de la historia ya no sería rigurosamente objetiva, sino estaría imbricada con sus sentimientos personales, pues aludiría a hechos que le fueron coetáneos, que ocurrieron en su estado natal y fueron protagonizados por hombres y mujeres a quienes conoció. De los tres volúmenes publicados de la serie, destaco

dos. El primero, *Las armas del alba*, (2003), evoca la tentativa fallida de un pequeño grupo de militantes, casi todos jóvenes, de adueñarse el 23 de septiembre de 1965, de un emplazamiento militar en Ciudad Madera, Chihuahua,

El tercer volumen de la saga es *Las mujeres del alba* que Montemayor no llegó a ver publicado. Aquí vuelve al asalto del cuartel Madera, pero ahora desde la perspectiva femenina. Para escribirla, el autor entrevistó a varias de las mujeres que ingresan a la trama; sin embargo, apenas están delineadas como personajes, pues lo que importa es la comunidad. En ambas novelas, las fronteras entre literatura, historia y testimonio se aproximan y difuminan. La obra de Carlos Montemayor, vista a la distancia, aumenta su trascendencia en la literatura mexicana y ofrece muchos territorios por explorar. ●

Junio 2020